

EXPOSICIONES VENTA EN EL CIDAP

Lo Sagrado en la Madera (Marzo - abril de 2005)

Casi la totalidad de las culturas han generado ideas, creencias y formas de comportamiento en torno a seres y fuerzas sobrenaturales; desde las tribales hasta las ecuménicas, que se consideran las únicas verdaderas y aspiran a que todos los habitantes de la tierra se conviertan. Las religiones han sido un elemento estructurador de las culturas ya que, además de creer en este tipo de seres y fenómenos, mediante rituales y ceremonias, estableciendo maneras de relacionarse con ellos. Lo material y lo no

material se vinculan de alguna manera y esta interrelación ha llevado a dividir al mundo en lo sagrado y lo profano, formando parte de lo primero, todos aquellos elementos naturales o productos de la creatividad, humana que son parte fundamental en la comunicación entre lo humano y lo divino. Templos, vestimentas, imágenes se sacralizan en la medida en que forman parte de procesos, en virtud de los cuales, los temporales y caducos seres humanos se comunican y vinculan con las eternas divinidades.

Lo divino, inmaterial y lejano, debe representarse de alguna manera para que los creyentes se sientan más vinculados a lo sobrenatural. La más consistente, diferencia entre nosotros y los demás integrantes del reino animal, radica en la capacidad que tenemos para crear y manejar símbolos comenzando con los idiomas. En el universo de lo religioso estos símbolos adquieren niveles mayores de refinamiento puesto que, estando de por medio divinidades -generosas o temibles-, es necesario que los mortales les ofrezcan lo mejor de sus cualidades y capacidad creativa. Los materiales preciosos se han dedicado a este propósito y el espíritu del que fluye el arte ha dado lo mejor de sí, tanto por lo que se considera inspiración divina como por el afán de ofrendar lo mejor a aquellos de los que pende nuestro destino. Edificaciones, imágenes y objetos destinados a los rituales, al sacralizarse, se han convertido en importantes testimonios de la capacidad creativa de nuestra especie y del respeto que merece la vinculación a lo sagrado, al margen de si se forma o no parte de la religión en la que surgieron las obras.

Lo Sagrado en la Madera



**Centro de Arte Taller
San Antonio de Ibarra**

CIDAP
Marzo / Abril de 2005

Circunscribiéndonos a nuestro mundo católico latinoamericano, debido a que España consideró que la justificación fundamental

para conquistar y colonizar esta parte del mundo descubierta, era convertir a sus habitantes a la que, -decían ellos- era la única religión verdadera, es perfectamente explicable que el arte religioso haya llegado a muy altos niveles en lo que fueron sus colonias, destacándose entre todas la denominada Escuela Quiteña que, en imaginaria, alcanzó manifestaciones extraordinarias. Además de lo impresionante de sus resultados, sobresalen las técnicas desarrolladas a lo largo de los procesos, comenzando por las habilidades proyectadas a la talla de madera, constituyendo verdaderas sinfonías de martillos, cinceles y gurbias para culminar en figuras cercanas a lo celestial. El deseo de dar más realismo a estas piezas llevó a que, para la coloración y decorado, se desarrollen procesos como el estofado, el encarnado y, al introducirse el oro como ofrenda a la divinidad, el esgrafiado. La temática religiosa tiene variaciones y en la Escuela Quiteña encontramos desde Cristos y santos profusamente sangrantes que exaltan la dureza del dolor y el sacrificio, hasta Vírgenes radiantes de alegría, como la Virgen quiteña de Legarda que mere-

cidamente ha recibido el apelativo de «La Bailarina».

Los seres humanos somos cambiantes. El tiempo no transcurre estático, a su ritmo se introducen una serie de innovaciones en los múltiples campos del quehacer humano. Hay quienes creen que el pasado debe ser archivado pues ya cumplió su tarea, pero el cambio no implica que no permanezcan rasgos de lo que hicieron, en buena medida, quienes nos antecedieron en el tiempo; somos lo que somos por realizaciones de otras personas y otras épocas. En nuestros días se ha robustecido el afán de identidad, de conocer aquello que nos hace distintos de los demás como conglomerados humanos, lo que encontramos en la tradición que forjaron nuestros antepasados. La Escuela Quiteña cumplió con gran dignidad su papel en la Colonia, pero sigue presente, no sólo mediante el deleite que la contemplación de sus piezas nos ofrece en templos y museos, sino porque esos tesoros de habilidades y destrezas sobreviven en San Antonio de Ibarra, población cuyos habitantes tienen especiales dotes para la talla en madera y mantienen la tradición

de sacralizar este material con imágenes religiosas engalanadas con las refinadas técnicas de encarnado y esgrafiado.

La muestra que hoy engalana la sala de exposiciones del CIDAP, proviene de esa población saturada de arte. Las piezas han sido elaboradas en el Centro de Arte Taller, que reúne a un respetable número de artesanos artistas bajo la iniciativa y conducción de Ricardo Villalba, que desde la niñez se vinculó a la talla de madera, sacralizándola con imágenes religiosas, no destinadas exclusivamente al culto en los templos, sino también a adornar espacios profanos por su alto contenido estético. Es importante destacar que este grupo de artesanos trabaja en equipo mediante, cuando es necesario, una división de trabajo que puede darse por etapas a cargo de cada uno en el complejo proceso de la elaboración de piezas, o configurando por separado partes de un todo, como manos o caras, que llegan a un feliz final con la imagen concluida. No busca el primer responsable de esta muestra un protagonismo personal, ha querido que conste en esta exposición el

nombre del centro del que es cabeza y que es una excelente muestra de las excepcionales condiciones artísticas de los habitantes de San Antonio de Ibarra.

A diferencia del artista que busca sobresalir individualmente por el impacto de sus obras, el artesano ha preferido sentirse realizado en el trabajo que responde a la tradición de la colectividad. Esta muestra es presencia y homenaje al sacralizador de la madera de San Antonio de Ibarra.■

Resplandor del Sur (Febrero-marzo de 2005)

Diversos son los criterios para dividir la historia del ser humano. Uno de ellos toma como referencia el descubrimiento del procesamiento y uso de los metales que liberan de la dependencia de la piedra para solucionar una multiplicidad de problemas. Salvo muy pocas excepciones, no aparecen los metales en bloques de diversa calidad y forma, sino que se encuentran entremezclados con tierras, requiriendo su liberación

complejos problemas en los que el fuego juega un papel fundamental. Los metales, comenzando por el poco duro cobre y culminando en el resistente hierro, se convierten en objetos de diversa índole que satisfacen amplias necesidades que van desde las constructivas herramientas hasta las destructivas armas.

Partiendo de varios criterios técnicos y finalidades, los metales han sido clasificados de algunas maneras. Unos pocos, por su rareza y esplendor, han recibido el calificativo de preciosos como el oro y la plata; al margen de algunas funciones prácticas provenientes de sus características específicas, su más difundido y consagrado destino ha sido transformarse en objetos decorativos de alto lujo que llegan a su plenitud en coronas reales y objetos destinados a cultos religiosos y se difunden en joyas que se posan en el cuerpo humano, especialmente el femenino. Los oficios de quienes a esta tarea se dedican, además de dominios tecnológicos, requieren destrezas rayanas en el preciosismo y elevado sentido estético. Salvo casos excepcionales, los objetos

provenientes de los metales preciosos son de reducido tamaño y su costo en bruto es tal que cantidades mínimas, como polvillos, tienen un elevado valor que exige concentración de sus cultores para evitar el mínimo desperdicio y luego, su recuperación de la basura del local. El trabajo de joyería supone permanentes batallas del ingenio y la habilidad humanas para lograr un armonioso equilibrio entre el tamaño de la joya y la cantidad del material del que no se puede disponer con liberalidad.

A la belleza en sí de los materiales, a su brillo comparable con el sol y la luna, según se trate del oro o la plata, se añaden las formas y texturas que en reducidos espacios las pone el orfebre logrando deslumbrantes efectos finales que deleitan la vista y alientan al espíritu. El joyero en el desempeño de sus tareas se encierra en un micromundo al que proyecta sus energías físicas y mentales, temple sus nervios, controla su pulso y con pequeñas herramientas introduce formas y decoraciones en espacios casi milimétricos. Trabajos destinados a embellecer materiales y entornos son de por sí

deleitables, pues codearse con la belleza es un privilegio que se intensifica cuando a la hermosura propia de los metales preciosos se añade aquella que el espíritu del artesano, a través de sus manos, insufla en el producto final. El deleite se prolonga al observar o imaginar que esa joya irá a posarse en los seres más bellos de la creación.

Un recurso para lograr estos equilibrados efectos es la filigrana. Fibras animales y vegetales, gracias a su docilidad, han permitido que la inventiva humana florezca en miles de tejidos cargados de colores y formas de entrelazamiento. El orfebre ha emprendido en la audaz aventura de darle a la plata y al oro las propiedades de las fibras vegetales, lo que requiere un largo y paciente proceso. Convertir a los metales preciosos en hilos es ya tarea difícil, pero con ellos puede realizar tejidos que no desentonan de la esencia formal de la joyería. Muchas de las piezas de esta exposición testimonian sus posibilidades reales e imaginarias. Mediante meticulosos tejidos tridimensionales afloran figuras realis-

Resplandor del Sur



**Centro de Innovación
Tecnológica de la Joyería
Catacaos, Perú**

CIDAP

Febrero/marzo de 2005

tas y abstractas que se centran en las funciones de la joya o que rebasan sus ámbitos para poseionarse de espacios exteriores como

decorados. Jugando con vacíos los preciosos hilos entrecruzados logran formas volumétricas que subsanan el alto costo de los materiales y añaden a las joyas y objetos un sentido, a veces etéreo, de ligereza. Los vacíos son delicadamente tratados y al alternar con áreas cubiertas nos sugieren los vaivenes propios de la condición humana.

A esta proeza que empareja la orfebrería y la textilería, se añaden piezas que contienen piedras semipreciosas propias del Perú como el ópalo andino, el cuarzo rosado y el jaspe, añadiéndose la concha espóndilus sacada de las profundidades del mar cuyos encantos hicieron de ella, en la época precolombina, una moneda para el comercio entre los grupos indígenas de lo que es hoy el sur costanero del Ecuador y el norte peruano.

La muestra que hoy engalana al CIDAP proviene del norte del Perú, concretamente de Catacaos, que es ya una parte de la ciudad de Piura. El tratamiento de metales preciosos combinados con otros

elementos para lograr manifestaciones de belleza cargadas de realismo y simbolismo, ha sido una práctica que con refinamiento realizaban quienes habitaban América antes de la llegada de los europeos. La magnificencia de las piezas del Señor de Sipán, exhibidas en Lambayeque y que de las entrañas de la tierra pasaron a un hermoso y moderno museo comprueban con generosidad lo afirmado. Durante la colonia, con aportes de nuevas técnicas provenientes de España, continuó la orfebrería que, con vigor, se mantiene hasta nuestros días en búsqueda de un exitoso equilibrio entre los tesoros de la tradición acumulados por siglos y las innovaciones requeridas siempre por la sociedad cambiante que, si bien valora el pasado, pretende innovaciones.

En nuestros días surgen y prosperan las alianzas entre instituciones que tienen elementos en común para, cual hormigueros, potencializar fuerzas como ocurre con el Centro de Innovación Tecnológica de la Joyería en el que concurren esfuerzos de las uniones de artesanos, la Universidad de

Piura y el Ministerio de Comercio y Turismo conjuntamente con el Instituto Italo Latinoamericano y la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial bajo el lema «Innovando para Competir»■

El Camino del Dorado (Mayo de 2005)

¡Cuán importante es el papel que los metales han jugado en el desarrollo de la humanidad!. Hablamos de la edad de los metales, que sucede a la de la piedra, como un paso de trascendental importancia en la historia. Algunos de estos metales se han ganado el apelativo de nobles por la excelencia de sus cualidades y por su rareza, pero han sido los seres humanos los que los han ennoblecido por los usos cargados de admiración y reverencia que les han dado, aunque a veces, han sido motivo de envilecimiento al desatar repudiabiles pasiones como la codicia.

El oro es el metal noble por excelencia y se lo usa en el lenguaje corriente para referirse a acciones

o cualidades muy apreciadas del ser humano como cuando, para ponderar la bondad de alguien, se dice que tiene un corazón de oro o al resaltar la excelencia de alguna realización decimos que vale oro. La búsqueda de oro –a veces ilusoria- incentivó a muchos españoles a dejar su tierra y venir a América para hacer rápida y abundante fortuna y, cuando Gonzalo Pizarro, alucinado por los cantos de sirena de la riqueza supuesta en la región oriental decidió organizar la expedición que culminó con el descubrimiento del río Amazonas, se habló del “camino del dorado”.

Diana Carrasco ha emprendido otro camino del dorado huérfano de ambiciones materiales y de codicia. Su alma sensible ante lo bello le llevó siempre a encontrar deleite en los encantos que la naturaleza nos ofrece, en los pedazos de espíritu que artistas y artesanos trasladan a sus obras y también, a compartir el oro de su corazón con los objetos de la vida cotidiana que podrían tener la condición de toscos y anodinos.

El oro es el rey de las joyas, sólo o en compañía de piedras pre-

ciosas, logra un esplendor que opaca a todo lo que con él pretenda rivalizar en la compleja tarea de embellecer aún más la belleza encarnada en las mujeres. Para magnificar el símbolo del poder en coronas y cetros, se recurre al oro. La dignificación del culto religioso, que aspira a acercarse a lo sublime, tiene que contar con el oro como lo testimonian espectaculares custodias del culto cristiano. Si pensamos en el mejor homenaje que podemos rendir a los soberanos, los tres reyes magos que llegaron de oriente, ofrecieron al rey de reyes como reconocimiento a su inmenso poder, junto al incienso y la mirra, oro.

Puede el oro servir como elemento dignificador a otros materiales. Ropajes ceremoniales se enaltescen al ser bordados con hilos de oro. En la madera encuentra especial soporte y, para comprobarlo, no hace falta que dejemos nuestro país. La magnificencia del arte colonial plasmado en la escuela quiteña así lo manifiesta con avasalladora elocuencia cuando miramos los retablos y púlpitos de templos de esos tiempos en los que, la prodigiosa habilidad de

nuestros artesanos para tallar la madera, se reviste de pan de oro para deleite de nuestros ojos y conmoción de nuestros espíritus. Hay que recurrir a pacientes y complicados procesos para lograr este encantador romance entre la madera y el oro. Una de las cualidades de este metal es la maleabilidad que permite reducirlo a láminas cercanas a la transparencia que, con docilidad, se adecúan a las formas caprichosas de las tallas, sin que sea un obstáculo que se trate de las complicaciones del estilo barroco. En imaginería, también interviene el oro que envuelve la totalidad de la escultura que luego es cubierta con variados colores, emergiendo desde adentro – desde el alma de la imagen – el precioso metal para darle majestuosidad a la vestimenta, recurriéndose para este propósito a firmes y delicadas puntas de chonta.

El predominio de lo sagrado en la expresión estética durante la colonia hizo que la inmensa mayoría de objetos estén vinculados a la imaginería religiosa, habiéndose desarrollado en torno a esta forma de culto y arte, una serie de técnicas que dieron fisonomía propia a

la escuela quiteña. La tradición, como símbolo de identidad se ha mantenido a través de los siglos y hay una tendencia generalizada a identificar la temática con estos prodigios de ingenio humano.

Talleres Santa Mónica en Cotacachi, bajo la dirección de Diana Carrasco ha dado un giro, al producir una serie de objetos propios de la vida cotidiana con las antes mencionadas técnicas y al convertirlos en medios idóneos para embellecer los entornos cotidianos en los que desarrollamos la más cálida parte de nuestras vidas: el hogar. La mayor eficacia con que un objeto satisface una necesidad es fundamental, como la comodidad de una silla y si a ello se añade un componente de belleza, se responde a otra de las apetencias de la condición humana. Si la silla, además de cómoda, tiene hermosos tallados, el disfrute es doble.

Hay piezas con alto contenido estético cuyo destino es, en palabras de Octavio Paz, “la congelada eternidad de los museos”, otras tienen como destino la calidez del hogar, de ese micro-cosmos en el que pasamos los mejores y más

El Camino del Dorado



**Talleres Santa Mónica,
Cotacachi
Diana Carrasco**

**-CIDAP-
Mayo de 2005**

íntimos momentos de nuestras existencias y en los que disfrutamos de encantos artísticos compartiéndolos con los quehaceres cotidianos.

Animales, huevitos, los trompos que nos recuerdan los años escolares, candelabros y algunos ángeles que destilan paz inundan el taller Santa Mónica, en donde la noble madera es desbastada, forjada, hasta adquirir la forma prevista para que continúe con procesos de pulido, lijado, entizado hasta que adquiera condiciones adecuadas para servir de huésped al oro reducido a casi impalpables láminas. Con piedra ágata se procede al bruñido y con la dura punta de la chonta se penetra en la parte externa para que el oro aflore desde el interior como el perfume de la rosa. El óleo adecuado a este tipo de trabajo recubre la madera con innovaciones como pasta pegante y nuevamente, guiado por un pincel retorna el oro.

Este es el camino del dorado por el que Diana Carrasco incursiona desde hace algunos años, haciendo que el término deje de ser metáfora porque su presencia en las piezas es hermosa realidad. ■

Doble Nacimiento (Junio de 2005)

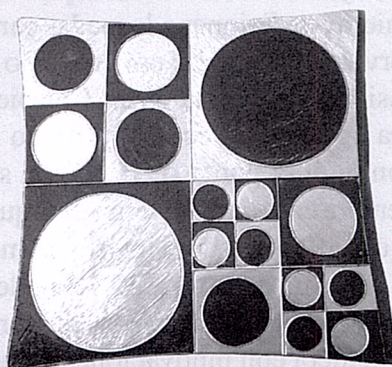
En la historia de los utensilios domésticos, cuando la cocina de leña primero y luego eléctrica o a gas dejó a un lado a nuestra tradicional “tullpa” campesina, la vieja y funcional cerámica que posibilitó la difusión del cocido de alimentos, pasó a segundo plano para estos propósitos. Las ollas de metal, con base plana, han demostrado ser mucho más funcionales para los nuevos tipos de cocina. El aluminio ha puesto de manifiesto cualidades apreciables para estos propósitos culinarios; a su resistencia al calor añade la liviandad y ligereza que facilita los trajines de esta ocupación a la que ni los más pobres ni los más ricos pueden renunciar. Con tratamientos propios de la tecnología moderna se ha incorporado también a la construcción de edificios para reemplazar a la madera y al hierro en algunos espacios.

Materiales cuyas cualidades son ideales para cumplir funciones utilitarias y así satisfacer las crecientes necesidades del ser

humano respondiendo a su creatividad pragmática, pueden también servir de soporte a esa otra dimensión creativa de la humanidad: la artística que nace de las interioridades de espíritus especialmente dotados para deleitarse ante la contemplación de la belleza y dignificar diferentes tipos de materia con fragmentos de espíritu pues el arte, en sus múltiples manifestaciones, más que a las prosaicas o deleitables apetencias de nuestro organismo, responde a su componente espiritual.

Buena parte de las piezas que hoy pone a consideración del público de Cuenca Silvia Di Rosa, son el resultado de una persistente e inspirada batalla librada a lo largo de meses con el aluminio, para ennoblecer a este metal con ideas y diseños nacidos de su cerebro y su corazón. Las formas de lo que busca crear limitan la anodina condición de la materia prima que ha adquirido, esas formas se enriquecen con texturas que previamente se han gestado con amor en su dúctil cerebro. Se incorporan luego colores que no irrumpen con descaro en el metal, sino que fluyen con armonía desde su alma y se incorporan a los objetos que previamente han tenido un sitio en su espíritu. En el universo artístico

Doble Nacimiento



Di Rosa

-CIDAP-
Junio de 2005

artesanal hay materiales, que por sus condiciones intrínsecas, se han ganado el calificativo de nobles, como el oro y la plata; otros como el aluminio –en este caso- requieren un ennoblecimiento, un soplo anímico para que esa dignidad adquirida, se traslade, cual etéreo mensaje, al público contemplador.

Movilidad y capacidad de prever el futuro, son peculiaridades propias de la especie humana, de allí que desde sus inicios, sus integrantes resolvieron el reto de contar con recipientes que les permitieran transportar objetos de diversa índole de un lugar a otro llevándolos ellos mismos. En las fibras naturales encontraron las materias primas apropiadas naciendo la cestería que, además de esta finalidad práctica, dio cabida a la expresión estética con la enorme variedad de entrelazamiento de las fibras y combinaciones de colores. Este tipo de artesanía se encuentra en retirada frente a la mayor eficiencia de los omnipresentes plásticos, pero sus posibilidades artísticas siguen intactas. Silvia, consciente de esta situación, recurre a este arte para, adecuándolo a las

apetencias de nuestros tiempos, elaborar lámparas en las que, además de la calidad y pulimento del tejido explota de manera sorprendente las figuras que los comunes bombillos eléctricos proyectan en las paredes al traspasar intencionalmente las ranuras existentes entre los vericuetos de los tejidos.

Los objetos que con este tipo de materiales y técnicas que ha creado Silvia, no están destinados a los solemnes espacios de los museos que crean una justificada distancia entre la obra y el contemplador. En el campo, la inagotable naturaleza derrocha encantos estéticos que cobijan la vida como algo permanente y propio de la condición humana, proporcionando un equilibrio entre el esfuerzo físico y el deleite contemplativo. La vida y el trabajo propios de las ciudades, cambian los parámetros de esta relación y los desnaturalizados entornos de lugares de trabajo y hogares, en los que transcurre la mayor parte de nuestra vida, necesitan una reconstrucción artística. La intimidad hogareña en la que se derrumban los

condicionamientos y convencionalismos que los conglomerados urbanos han establecido, son los pequeños espacios en los que podemos disfrutar de las apetencias libres de nuestros espíritus, cumpliendo objetos como los que hoy contemplamos, esa tarea sin que existan las formales distancias de los museos.

Esta explosión de belleza, como cualquier otra, tiene su historia, pero se trata de una historia que rompe las secuencias convencionales. Silvia Di Rosa tiene una formación fuertemente técnica: es Ingeniera Civil, profesión que la ha ejercido sobre todo en su nativa Venezuela, adaptándose a las restricciones y rigideces de este trabajo. La persistencia de la especie mediante la procreación llegó a su vida con las consiguientes incompatibilidades con el trabajo para el que se preparó. En esta pausa, aprendió de una vecina a repujar aluminio y el artista oculto que dormitaba en su alma afloró con fuerza ennobleciendo a un metal con destino técnico, sus primeros pasos le llevaron a replicar mediante estas técnicas consagradas

obras de arte para luego liberarse y permitir que fluyan sus propios diseños con libertad y diversidad de proyecciones. La naturaleza en sus magníficas expresiones de flores, frutos y pájaros vitalizan al aluminio. La diversidad y casi infinita posibilidad combinatoria de las bidimensionales figuras geométricas se acoplan a sus piezas, así como audaces movimientos abstractos que cobran más fuerza en los relieves, confluyen en los resultados de su creatividad.

Pasó algún tiempo y con la llegada a este mundo de Erika, Silvia entonó el más hermoso canto a la vida, pero en esta espera nació una artista que demuestra con elocuencia que la técnica y la expresión estética no son polos opuestos.

No he podido resistir la tentación de llamar a esta exposición “Doble Nacimiento”.■